

III. Relatos personales

El relato de una sobreviviente del desastre

Rosa Helena Solano*

Por la época del desastre tenía 23 años y cursaba sexto semestre de medicina en la Universidad Javeriana; había llegado a Armero para cumplir con la rotación de psiquiatría en el Hospital Isabel Ferro de Buendía en el período comprendido entre el 20 de octubre y el 6 de diciembre de 1985.

Durante los preparativos de este viaje, comenzó a reinar un ambiente de inquietud entre los compañeros que conformaban nuestro grupo de rotación y entre los amigos y familiares, ya que las noticias informaban cómo la actividad del volcán se incrementaba día a día, ocasionando temblores de intensidad variable y caída intermitente de ceniza.

Armero era una típica población de clima caliente, la gente se caracterizaba por su alegría, espontaneidad, amabilidad y espíritu festivo que contagiaba a todos aquellos que, como yo, tenían la oportunidad de compartir su estilo de vida. La tranquilidad que nos brindaban disipó poco a poco la angustia que sentíamos a nuestra llegada.

Durante estos días nunca se mencionó ninguna posibilidad de que ocurriera algún desastre natural, y por supuesto nunca se hizo, ni se pensó en hacer un

* Estudiante de séptimo semestre de la Facultad de Medicina, Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá.

CRONICAS DE DESASTRES

simulacro de evacuación aunque ciertas noticias de televisión y prensa indicaban que el Volcán Nevado del Ruíz nuevamente presentaba aumento de su actividad habitual.

El nosocomio tendría unos 20 años de construido, era de una sola planta y con capacidad para unos 80 pacientes. El personal que laboraba en él, estaba constituido por un director, dos residentes de psiquiatría, un médico rural, siete estudiantes de medicina y cuatro de terapia ocupacional; enfermeras, psicóloga y personal administrativo completaban la nómina del hospital.

(...) El día miércoles 13 de noviembre fue semejante a todos los anteriores; no hubo aumento de la temperatura, ni se presentó el olor a azufre que algunos sobrevivientes decían haber sentido en la mañana. Sólo a las cinco de la tarde, cuando salimos al pueblo apreciamos la presencia de ceniza que muy discretamente cubría las calles, los techos de los autos y las casas así como los árboles de la localidad. Este hecho que ya se había presentado anteriormente y al cual la población estaba acostumbrada, no fue motivo de mayor preocupación, así como tampoco la sensación de un olor francamente azufrado que ya se percibía en el ambiente.

(...) Hacia las once de la noche un tropel bullicioso y alarmado de enfermeras, de empleados y de otras personas ajenas al hospital hicieron irrupción en nuestra residencia, comunicándonos, sobresaltados, que una lluvia de arena muy fina había comenzado a caer, que el río Lagunilla se había desbordado y se avecinaba una inundación; era imperativo, por lo tanto, iniciar lo más rápidamente posible la evacuación del hospital. Poco después se interrumpió la luz eléctrica y en esa oscuridad la angustia me sobrecogió.

(...) Surgió en forma inesperada un ruido indescriptible, amenazante, tal vez como el ruido ensordecedor del precipitarse de un alúd o del correr

de rocas gigantes de tal poder que presagiaba en forma inminente e inevitable un suceso de grandes magnitudes. Sólo entonces un intenso miedo se apoderó de mí y el impulso inmediato fue abandonar la casa donde estábamos y buscar un lugar seguro, posiblemente el techo para salvar nuestras vidas. Intentamos llegar a la puerta, pero mucha gente del hospital y vecinos del lugar habían acudido a nuestra residencia para protegerse, haciendo imposible alcanzar la salida.

(...) Súbitamente y con una fuerza arrolladora, una gigantesca corriente de lodo y piedras, de muebles y cadáveres se abalanzó sobre mí, me arrastró unos cinco metros dejándome, con sus elementos, completamente inmovilizada, atrapada y sumergida en ese lodo caliente que me cubría casi hasta el pecho.

(...) Me di cuenta de que había unos compañeros en las mismas circunstancias y otros habían llegado ya al tejado; desde allí nos llamaban y preguntaban sobre nuestro estado.(...) Sus intentos por liberarnos debieron ser interrumpidos ya que la debilitada estructura que nos cubría y rodeaba, amenazaba por derrumbarse y aplastarnos.

Todo había ocurrido aproximadamente en el curso de un minuto; desde que sentí el horrible bramido de la corriente, hasta que quedé atrapada y sumergida en el barro.(...) Tuve la sensación de que no podía respirar, me faltaba el aire, mi tórax no podía expandirse.(...) Sentí también que mi pierna derecha comenzó a adormecerse y que esta sensación persistía y aumentaba en forma continua y progresiva hasta que finalmente dejé de sentirla por completo. Luego supe que dicha pierna se encontraba aprisionada a la altura de la rodilla, por una roca y el tronco de un árbol que le impedía todo movimiento.

En la semioscuridad reinante pude distinguir posteriormente que muchos más sobrevivientes y muertos ocupaban la sala donde mis compañeros y yo estábamos reclusos.

CRONICAS DE DESASTRES

(...) En este escenario de terror pasé toda la noche, en medio de la oscuridad, completamente constreñida, escuchando los lamentos y quejidos de los que allí estaban anegados como yo, esperando que llegara la luz del nuevo día y con ella nuestra liberación y el cese de nuestra angustia.

Los albores del día jueves trajeron consigo el rumor cada vez más fehaciente de nuestro rescate. Desde muy temprano, uno de mis compañeros que logró salir al exterior por el tejado, tomó el mando de la situación y con la ayuda de otras personas del lugar que habían acudido al salvamento, comenzaron la tarea de liberarnos.

Esto resultó extremadamente difícil dada la destrucción, el caos y el lodo que todo lo envolvía. Una lluvia inclemente comenzó a caer y persistió durante casi una hora, inundando más aún el sitio donde nos encontrábamos y haciendo más difícil nuestro rescate. Con las manos, hacíamos lo posible para tratar de sacar el agua de la lluvia. En la tarde llegaron los socorristas, con sus uniformes azules y su derroche de optimismo. Más tarde, sentimos el ruido de los helicópteros que acudían en nuestra ayuda. Buena parte de los sobrevivientes que me acompañaban pudieron ser evacuados en el curso del día, pero no logramos que a los tres últimos sobrevivientes se nos liberara. Permanecí con uno de mis compañeros y una de las enfermeras del hospital.

(...) Paulatinamente el lugar se envolvió en una oscuridad que nos acompañó por las largas horas de esa nueva noche.

(...) Al día siguiente, viernes, hacia las 8 de la mañana, se reanudó la labor del rescate. Pretendieron levantar con un helicóptero una viga que amenazaba con caer sobre nuestras cabezas, pero fue imposible, por lo cual tuvieron que partirla en varios pedazos.(...) Fui la última de los sobrevivientes del hospital en ser liberada, (...) me ví por fin rescatada de ese lodo pútrido y denso. Estaba toda cubierta de él.(...) Los socorristas me

Erupción volcánica

dieron la primera comida y bebida que recibía en muchas horas: un pedazo de panela y un trago de aguardiente.(...) Sin inmovilización alguna y con ayuda de tres personas me llevaron a un helicóptero. No obstante ir acostada sobre las piernas de dos socorristas con la cabeza colgando por fuera del helicóptero, viendo el paso raudo de los árboles cercanos me sentí feliz de verme salvada, rescatada y en dirección a mi casa y a mi familia.

En unos minutos el helicóptero aterrizó en Lérída y posteriormente en Guayabal. Allí recibí por primera vez atención médica y recuerdo que se me aplicó la vacuna contra el tétanos. Envuelta en mi cobija, me pusieron de nuevo en otro helicóptero rumbo a Mariquita; y desde allí y esta vez sí, debidamente acostada en una camilla y en compañía de una estudiante de medicina, fui trasladada en avioneta hasta Bogotá. Llegué a Eldorado hacia las 4 de la tarde y enseguida una ambulancia me condujo hasta el Hospital San Ignacio. Me examinaron en la sala de urgencias. La pierna derecha, que era mi principal preocupación, seguía insensible y profundamente aumentada de volumen.(...) Me lavaron por primera vez, me hicieron un sinnúmero de exámenes, me sedaron e hicieron los preparativos para que fuera intervenida esa misma noche. En efecto, a las once de la noche se me practicó una fasciotomía en la pierna derecha, la que aparentemente tenía un síndrome compartimental.

(...) Las noticias que tenían que comunicarme eran desalentadoras, la pierna derecha estaba perdida y debía ser amputada. Mi pierna izquierda tampoco estaba bien y debía ser explorada. Acepté la decisión que habían tomado mis médicos, así como también la que me hicieron saber dos días después cuando me informaron que la isquemia había avanzado en el muslo derecho y también estaba presente en el izquierdo, la infección había ganado mucho terreno y se requería llevar a cabo una desarticulación bilateral de cadera.

CRONICAS DE DESASTRES

(...) Permanecí 15 días aislada en un cuarto, donde el personal que me visitaba usaba estrictamente uniforme, gorro, tapabocas y guantes. Los recuerdos que tengo de esos días son muy brumosos e imposible precisarlos. Sólo sé que me puse muy contenta cuando me comunicaron que mi gravedad había desaparecido y que ya podía ponerme en contacto con la comunidad, en otro piso del hospital.

Relato personal

Dr. Raúl Cruz Palacio*

Jueves 14 de noviembre de 1985. Durante las horas de la mañana nos reunimos en la dirección del Hospital Simón Bolívar varios médicos, todos pertenecientes a la Secretaría de Salud de Bogotá con la finalidad de discutir la conformación de un grupo de trabajo que colaborara en la calamidad vivida en Armero.

A las 11:30 a.m. ya contábamos con una buena lista de voluntarios de todos los niveles; la buena disposición de todos los trabajadores se manifestó hasta el punto en que fue necesario rechazar a muchos funcionarios dispuestos a viajar.

A las 15:00 fuimos despachados del Aeropuerto Eldorado en cuatro aviones pequeños. En un avión de carga viajamos algunos médicos y enfermeras, sentados sobre cajas con sangre, elementos quirúrgicos, droga y otras ayudas. Al cabo de 25 minutos de vuelo nos encontramos sobrevolando el área de la tragedia: un inmenso mar de color café, inerte, del que emergía uno que otro árbol.

Nos reagrupamos en el aeropuerto de Mariquita y se estableció la lista de especialidades y cargos. Tal vez en razón de mi mayor experiencia en catástrofes se me encargó la coordinación general del

* Médico Cirujano, especializado en Anestesiología y Urología. Miembro del equipo médico del Hospital Simón Bolívar de la ciudad de Bogotá.

CRONICAS DE DESASTRES

grupo. Eramos 3 cirujanos, 1 ortopedista, 2 anesthesiólogos, 4 pediatras, 28 médicos generales, 4 enfermeras licenciadas, 5 enfermeras auxiliares, 1 operador de radio, 1 especialista en transfusiones; algunos de ellos provenían de otras instituciones.

A los pocos minutos estábamos ubicados en el Hospital San José de Mariquita; difícil describir su aspecto en ese momento: todo estaba salpicado de barro, húmedo, fétido, por doquier se percibía la tragedia humana. El Director del Hospital, héroe de la última noche, se encontraba exhausto, demacrado, pálido, después de muy dura labor en compañía de otro colega. Hasta ese momento no había recibido ninguna ayuda. Efectuamos un reconocimiento de las instalaciones y asumimos las funciones de atención de los múltiples heridos regados por todas partes.

El trabajo se realizó con rapidez: a las 17:10 ya se estaba operando en los quirófanos. A partir de ese momento el trabajo fue continuo.

Simultáneamente, se organizó un contingente de 6 médicos generales y 4 auxiliares de enfermería, para apoyar al personal de salud de la Policía Nacional y la Defensa Civil que desde hacía ya algunas horas se encontraban en Guayabal, la población más cercana al área de catástrofe.

A las 20:00 organizamos una reunión conjunta con el Alcalde de Mariquita, la Defensa Civil y la Cruz Roja. La conclusión básica fue establecer como prioridad UNO, el entierro de aproximadamente 100 cadáveres que yacían en el marco de la plaza de Guayabal; por el momento se debía suspender el rescate de cadáveres y proceder a definir el procedimiento de identificación de cuerpos.

A las 21:30 el Secretario de Salud de Bogotá, en coordinación con el Ministro de Salud, me autoriza para establecer los procedimientos de descripción de los cuerpos, sus posibles señales personales, causa de muerte y a firmar los certificados de defunción con la identificación de N.N. (ningún nombre).

Erupción volcánica

Aquella noche fue una odisea: llegada continua de lesionados, damnificados preguntando por sus familiares y muchas más gentes provenientes de otras ciudades inquiriendo por sus allegados, casi todos desaparecidos.(...) Fue necesario colocar una mesa de información para atender esta situación.

Afortunadamente en aquella zona había luz y el teléfono funcionó continuamente. En la oficina de secretaría del hospital se estableció una central de comunicaciones y desde allí los periodistas transmitían a sus respectivas centrales. La colaboración que nos brindaron fue definitiva ya que pudimos dar a conocer nuestras necesidades e informar sobre el estado de muchos pacientes a sus familiares separados.

Llegaron muchísimos heridos y la capacidad institucional y humana se vió copada. Como teníamos múltiples pacientes graves, solicité la evacuación de víctimas; a altas horas se desplazaron muchas ambulancias, las que llevaron por tierra a las víctimas a Ibagué o a la base aérea de Palanquero de donde partirían para Bogotá.

Viernes 15. A las 6:00 a.m. caía sobre toda la zona una lluvia de ceniza. Cansados, tristes, con hambre, recibimos el día intercambiando impresiones.

A las 6:15 a.m. arribaron 20 médicos de la Secretaría de Salud de Cundinamarca, los que son ubicados en carpas en la cercanía del helipuerto establecido en Guayabal, con los médicos y personal de la Policía Nacional.

A las 6:45 a.m. vamos en un campero de la Defensa Civil a Guayabal y organizamos un grupo de reconocimiento de cadáveres; sin embargo, aún era necesario establecer una fosa común. A las 10:00 a.m. yacían los cuerpos en su destino final y la plaza de Guayabal cambiaba su macabro aspecto.

A las 7:30 ya hay multitud de helicópteros trayendo pacientes a Guayabal. En las instalaciones

CRONICAS DE DESASTRES

donde funcionaba un ancianato, realizamos varias intervenciones como fasciotomías, reducción de fracturas, inmovilizaciones, etc.

Entre los pacientes se encontraba el médico rural de Armero, quién antes de ser inducido en anestesia nos informó sobre varios estudiantes de Medicina de la Universidad Javeriana y otras personas, entre ellas un niño y un anciano quienes se encontraban atrapados entre los muros del Hospital Psiquiátrico de Armero, aún vivos.

A las 9:30 viajamos en un helicóptero con un ortopedista, una enfermera y un enfermero; volamos sobre aquella masa antropófaga e inerte varios kilómetros, sobrecogidos por la magnitud de la avalancha; en lo que era el Hospital Neuro-psiquiátrico nos apeamos y comenzó la labor de rescate.

El niño se encontraba atrapado por su pierna izquierda abajo de la rodilla; bajo anestesia general que le induje allí en el barro forcejeamos y luchamos con los muros; era imposible sacarlo completo, así que tuvimos que prolongar la anestesia y entre mil incomodidades desarticulamos la extremidad a nivel de la rodilla.

Durante aquellos difíciles momentos, sin haber dormido, sin comida ni bebida, y trabajando bajo el abrasador sol de Armero, escuchamos en un radio portátil la orden de evacuar de inmediato la zona pues el volcán "había explotado" y "venía una nueva avalancha". ¿Qué podíamos hacer allí, en aquella isla de ladrillo, rodeados de barro pleno de cadáveres y sin ningún transporte? Sólo continuar trabajando.

Tras grandes dificultades conseguimos viajar a Guayabal de donde regresamos a nuestra sede en Mariquita. La mayoría de colegas, en razón de la falsa alarma, habían regresado al aeropuerto de Mariquita y luego a Bogotá. Con algunos otros reorganizamos el trabajo en el hospital.